

»que deseaba venerar sobre la tierra..... Algun tiempo
 »despues de estos actos de sublime resignacion se le trajo
 »el santo Viático; no bien le hubo visto cuando, aunque
 »muy débil de cuerpo pero fuerte y firme de espíritu, te-
 »niendo mas fe que vida, se arrojó fuera de su lecho, y
 »postrándose en tierra, adoró á su Salvador con lágrimas,
 »palabras devotas y movimientos religiosos; le presentó su
 »alma, le dedicó su corazon, y luego lo recibió con toda la
 »humildad y fervor que su mucha fe le pudo sujerir en
 »este último paso.»

La Duquesa quiso hacer imprimir esta oracion fúnebre, á lo cual el orador consintió, porque, decia el mismo (1), que este discurso contenia un verdadero compendio de los hechos heróicos de este Príncipe, y porque la Duquesa lo deseaba, y este deseo era para él una ley. Pero al mismo tiempo se escusó con ella de haber pasado en silencio ciertos hechos de que la prudencia humana no le permitia hablar. «La mas bella parte, le escribia (2), tendria razon en quejarse de haber sido omitida, pero no debiendo decir sino lo que convenia al tiempo, al lugar, al auditorio, la he tenido que dejar á que la historia, que reserva volúmenes enteros para una vida tan hermosa, supla mi falta.»

Entretanto la reputacion del coadjutor crecia de dia en dia; las iglesias y las comunidades de la ciudad, los monasterios mas vecinos, ambicionaban la dicha de oir sus instrucciones, de recibir sus consejos, á veces hasta sobre sus negocios temporales, en los cuales se sabia era muy hábil; y como no sabia decir que no, se prestaba á todas las peticiones, hasta el punto que segun la señora de Chantal (3), predicó por lo menos cien veces durante los seis meses que permaneció en París; dejándole apenas estas predicaciones tan repetidas, unidas á sus demás trabajos, tiempo para comer y dormir.

(1) Prólogo del *Tratado del amor de Dios*.

(2) Carta XXXIII.

(3) Dep., art. XXXV.

Un día, octava del Santísimo, que debia predicar en la iglesia de San Benito, un caballero amigo suyo se le acercó con un aire espantado, en el momento en que iba á subir al púlpito, y le dijo en confianza que acababan de arrestar al mariscal de Biron, al Baron de Luz y á otros varios caballeros, como cómplices, con el Rey de España y el Duque de Saboya, de una conspiracion contra el estado, con el objeto de apoderarse en nombre de estos dos Príncipes de la Provenza, del Delfinado, de la Borgoña, de la Bresse y de algunas otras provincias. «Han dicho al Rey, añadió, que sois del número de los conspiradores; que los negocios del país de Gex no son mas que el pretesto de vuestra estancia en París; y que, de hecho, sois un emisario del Duque de Saboya, para formar aquí la conspiracion. Vuestras relaciones con el Baron de Luz, y el afecto con que os ha recomendado á sus mejores amigos, dan algun viso de verdad á esta calumnia; procurad poner os en seguridad.» Francisco recibió esta comunicacion con la mayor tranquilidad, sin que sus facciones revelaran la menor sombra de inquietud; y no creyó que necesitaba otras armas para defender su virtud que su virtud misma. Despues de haber dado gracias á su amigo subió al púlpito, predicó con la misma libertad de espíritu y el mismo aire de seguridad que si no le hubieran dicho nada (1). «¿Cómo, le dijo el caballero despues del sermón, lo que os he dicho no os inquieta? Os acusan del crimen de lesa majestad, ¿y permanecéis indiferente?— Me turbaría, replicó el Coadjutor, si fuera culpable; pensaría en huir, si mi conciencia me acusara de alguna cosa; pero como estoy inocente, pongo mi confianza en Dios, y estoy tan lejos de tener miedo, que desde aquí voy á ver al Rey. Si mi reputacion puede ser útil para el bien de la religion, Dios cuidará de ella; si no lo es, no me inquieto por ella.» Fué al punto, en efecto, al Louvre, donde Enrique IV habia vuelto hacia seis semanas; y el

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 8 de junio.

Príncipe, que entre sus principales méritos tenia el conocer á los hombres, no bien le vió cuando se apresuró á saludarle con la bondad que le era natural. «Monseñor de Ginebra, le dijo, no teneis necesidad de justificaros, porque no he sospechado nunca de vos, pero no puedo impedir que me digan esas falsas acusaciones.—Señor, respondió Francisco, no soy bastante inteligente en los negocios de estado para mezclarme en ellos, pero si entendiera alguna cosa y deseara ocuparme de ellos, no haría mi aprendizaje con una accion tan negra, sobre todo despues de las bondades de que me ha colmado Vuestra Majestad.» (1)

El Rey continuó hablando con él, y concibió en esta entrevista una admiracion aún mayor de su mérito, no cansándose de repetir cuando se presentaba la ocasion, que Monseñor de Ginebra era un hombre de Dios; que todo lo llevaba á Dios; que tenia una maravillosa prudencia y una modestia rara; que no usaba de lisonja, y daba á cada uno lo que le era debido: y como un caballero le manifestase su sorpresa al oirle alabar tan frecuentemente á este Obispo Saboyano: «Sí, replicó Enrique IV, le tengo singular estimacion, porque tiene todas las virtudes y ningun defecto. No he conocido una persona mas capaz de volver al estado eclesiástico su antiguo esplendor; es dulce, afable, humilde de corazon, siempre igual de carácter; tiene una piedad tierna, pero sin afectacion; una devocion ardiente, pero sin escrúpulo; en una palabra, es el hombre más á propósito para estirpar la herejía y establecer sólidamente la religion católica.» (2)

Un dia, hablando con el célebre Du Perron de la conversion de la familia de Raconis, obrada tan fácilmente y en tan poco tiempo por el santo apóstol, mientras que el Obispo de Evreux habia trabajado en ella tanto tiempo y siempre inútilmente: «En verdad, Señor, le dijo este, que

(1) Carlos Aug., p. 264 y 265.—De Maupas, p. 178.

(2) Carlos Aug., p. 266.—De Maupas, p. 179.

«poco ha faltado para que á esta noticia no haya arrojado al fuego todos mis libros de controversia, para aplicarme únicamente á imitar su dulzura y sus virtudes, que ganan todos los corazones (1).—Yo tambien, replicó Enrique IV, amo mucho á Monseñor de Ginebra; le amo mucho porque no sabe lo que es lisonja.» Aclaracion tan honrosa para el Príncipe que la hacia, como para el Obispo á que se referia.

Otro dia, habiendo notado la intimidad que existia entre Francisco y el Sr. de Deshayes, su secretario, gobernador de Montargis: «Deshayes, le dijo, ¿á quién amais mas, á mí ó al Obispo de Ginebra?—Señor, respondió el caballero turbado, os ruego me escuseis; sois mi Rey y soberano, y así debo amaros y respetaros incomparablemente mas que á nadie.—Dejemos á un lado el deber, replicó el Príncipe, quiero que me confeseis francamente á cuál de los dos amais mas, á él ó á mí.—Señor, replicó Deshayes, confieso ingénuamente que experimento para con Monseñor de Ginebra una amistad mas dulce y mas sensible, la que no puede admitir comparacion, porque está en su mas alto grado.—No me pesa de ello, respondió el Rey, pero decidle de mi parte que deseo ser el tercero en esta amistad.» (2)

El aprecio de Enrique IV á Francisco de Sales era tan grande, que espresó públicamente la intencion que tenia de pedirle al Papa para enviarle á Inglaterra á trabajar en la conversion del Rey Jacobo, por ser, á su parecer, el prelado que habia en la Iglesia mas capaz, por su doctrina y alta sabiduría, de tratar con un monarca tan erudito (3).

Sin embargo, le suplicó hasta cinco veces que se quedara en Francia, prometiéndole cuantiosas rentas y ricos beneficios (4). «Quedaos conmigo, Monseñor de Ginebra,

(1) Carlos Aug., p. 264.

(2) De Cambis, t. 1, p. 426.—De Maupas, p. 180.

(3) Dep. del Sr. de Chamoisy.

(4) Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal, art. XLV.—De Maupas, pag. 177.

»le dijo un dia, os procuraré una posicion mejor que la que teneis en los estados del Duque de Saboya.—Señor, respondió Francisco, ruego á Vuestra Magestad me dispense, pero no puedo aceptar sus ofertas. Soy casado, me he desposado con una esposa pobre, y no puedo dejarla por una mas rica. Si Vuestra Magestad siente alguna benevolencia hácia mí, no le pido otra cosa mas que el restablecimiento de la religion católica y sus iglesias en el pais de Gex.—Monseñor de Ginebra, replicó el Rey, vuestra modestia os hace superior á mí; me creo superior á los que solicitan mis beneficios, pero soy inferior á los que me los rehusan.» (1) En vano empleó el Rey para hacerle aceptar sus deseos, el ascendiente de las personas que sabia tenian mayor influencia sobre él; todo fué inútil. Sin embargo, este gran príncipe queria á toda costa manifestarle su estimacion con algun acto de su munificencia; por lo cual, sabiendo la escasez de su renta, le hizo entregar por su tesorero, un pliego en el que le asignaba una pension considerable.

El Coadjutor no podia resolverse á aceptar este beneficio, tanto mas cuanto que el Duque de Saboya no hubiera llevado á bien que recibiera una pension de un soberano extranjero, y sobre todo no estando con él en muy buena inteligencia; pero por otro lado, no queria desairar á un Príncipe tan generoso y tan benévolo como Enrique IV. Para obrar como lo exigian estos dos intereses opuestos, imaginó el espediente siguiente, que hace tanto honor á su prudencia como á su desinterés. «Señor, escribió al Rey (2), doy gracias con todo mi corazon á Vuestra Magestad por el recuerdo que se ha dignado tener de mi pequeñez. Acepto, sí, acepto con un gran placer vuestra real liberalidad; pero me permitireis, Señor, que os hable francamente. Gracias á Nuestro Señor, estoy ahora en una situacion que no me hace necesitar esa

(1) De Cambis, t. I, p. 430.

(2) De Cambis, XI.

»pension, por lo cual suplico humildemente á Vuestra Magestad, tenga á bien concederme me sea conservada en poder de vuestro tesorero, para servirme de ella cuando tenga necesidad.» Esta carta agradó sobre manera al Rey, cuya grande alma sabia apreciar los bellos sentimientos; y dijo públicamente, que no habia conocido á nadie que supiera dar una negativa mas graciosamente que Monseñor de Ginebra (1).

La Duquesa de Longueville, que no estimaba menos que Enrique IV la alta sabiduría de Francisco de Sales, quiso aprovecharla para el buen éxito de una obra que habia proyectado su celo. La orden del Carmen, tal como la habia reformado Santa Teresa; esta orden que llenaba la España y la Italia con el olor de sus raras virtudes, faltaba en Francia. La Señora Acarie, aquella alma escogida, cuya eminente piedad hemos ya referido, ardiendo en el deseo de dotar á París con una institucion tan preciosa, habia hecho hablar á la Duquesa de Longueville, la cual habia aceptado con todo su corazon este buen pensamiento. En su consecuencia, la Princesa convocó al Coadjutor de Ginebra con los hombres mas notables de la capital, tanto por su piedad como por su ciencia eclesiástica, para deliberar sobre la oportunidad y los medios de establecer las carmelitas en Francia. Esta asamblea, donde se encontraban los doctores Duval y Gallemant, los abades de Berulle y de Breigny, y Beau cousins, prior de los cartujos, examinó en varias sesiones tan grave negocio, reconoció claramente, segun la relacion hecha por el Coadjutor á la Santa Sede (2), «que este designio venia del cielo, y que era muy á propósito para procurar la gloria de Dios y la salvacion de las almas.» La única cosa que ofrecia dificultad, era la imposibilidad de tener religiosos carmelitas que dirigieran este monasterio. Pero se obvió este inconveniente.

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. IV, sect. XIV.—Juan de San Francisco, p. 451.

(2) Carta XLIV.

niente con la eleccion de tres eclesiásticos que, por su ciencia, su integridad y habilidad, eran muy capaces para dirigir la casa. Arreglados estos puntos, se resolvió que la Duquesa de Longueville solicitaria la autorizacion del Rey, que pediria la del Obispo de París, y que en fin se escribiria al Papa para obtener de él la ereccion canónica de la fundacion. Enrique IV convencido de que, como padre de sus súbditos, no debia rehusar á nadie los medios de realizar sus deseos inocentes, estuvo pronto á dar su autorizacion. No se dudaba del consentimiento del Obispo, y solo restaba obtener las letras apostólicas de la Santa Sede. El Papa, habiendo recibido con este motivo las solicitudes de varios grandes personajes, á los cuales el Coadjutor de Ginebra unió las suyas, tuvo una congregacion de diez y seis cardenales, y despues de un maduro exámen del negocio, autorizó por un breve la ereccion de los monasterios de las hijas de Santa Teresa en toda la estension de la Francia, acudiendo al punto carmelitas de España á establecerse en París, de donde su instituto se estendió por las principales ciudades del reino, llevando por todas partes el ejemplo de las mas puras virtudes y de la perfeccion religiosa.

Las relaciones que tuvieron con este motivo el Coadjutor de Ginebra y el Sr. de Berulle, les dieron ocasion de conocerse y venerarse mutuamente. Francisco, admirando en el Sr. de Berulle *uno de los espíritus mas claros y puros que encontró jamás* (1), le instó á que estableciese en Francia una obra cuya necesidad sentia vivamente, esto es, una sociedad dedicada á la educacion del clero; y tal fué en efecto el objeto primitivo de la congregacion del Oratorio, fundado por este hombre eminente. El Sr. de Berulle, por su parte, lleno de veneracion hacia el Coadjutor de Ginebra, cuya perfecta igualdad de ánimo no podia cansarse de admirar (2), quiso detenerle en París para dirigir

(1) Dep. de Santa Juana Francisca, art. XXXVIII.

(2) El P. La Riviere, p. 248.

la congregacion que proyectaba; pero sin poder hacerle aceptar este cargo, tanto porque su posicion de Coadjutor de Ginebra no se lo permitia, como porque el Sr. de Berulle le parecia el hombre destinado por la Providencia para esta otra (1).

En medio de estas diversas ocupaciones, Francisco no cesaba de anunciar la palabra santa, y Dios continuaba bendiciendo su ministerio. Un dia que predicaba en la iglesia de un monasterio, le sucedió que perdió el hilo del discurso, y habiendo hecho para salir del embarazo en que se hallaba una digresion sobre una materia de controversia, la demostró con tanta fuerza y solidez, que una persona de su auditorio, notando que se apartaba de su plan, dijo bastante alto para ser oido de los que estaban á su lado: «En este momento no es Monseñor de Ginebra el que habla, es el Espíritu Santo el que habla por su boca, »y algun hecho notable probará la verdad de lo que digo.» El acontecimiento, en efecto, justificó bien pronto esta reflexion, pues concluido el sermón, una señora hereje de alto nacimiento, convencida y movida por lo que acababa de decir, fué á manifestarle su deseo de entrar en el seno de la Iglesia (2). Otro dia obtuvo la conquista no menos difícil de un alma embriagada con las vanidades y placeres del mundo: era una señorita de la córte, tan distinguida por la nobleza de su origen como por los atractivos de su talento y maneras, apasionada por la lectura de novelas y los adornos, poseida de un deseo desordenado de agrandar y procurarse goces, y al mismo tiempo adorada de todos los señores á quienes sus encantos habian seducido. A pesar de tantos obstáculos á su conversion, quedó tan movida de un sermón del santo apóstol, que fué al dia siguiente deshecha en lágrimas á rogarle se encargara de curar su alma. La acogió con bondad, estudió sus disposiciones, y quedó encantado de la dulzura y bondad de su

(1) Vida del Cardenal de Berulle, por German Habert.

(2) Carlos Aug., p. 268.

carácter, pero asustado por su natural, fácil y condescendiente: «Yo veo claramente, mi querida hija, le dijo, que nunca caminareis á Dios directamente, y que solo llegareis á él por medio de las criaturas.» El paso era difícil; pero gracias á sus saludables consejos, á los cuales fué dócil, y al plan de vida que la trazó, triunfó de los peligros de su posición, como también de su carácter demasiado sensible y fácil de dejarse llevar: ella supo observar la ley de Dios aun viviendo en medio de la corte, y se hizo un modelo de virtud. Nada encontraba tan dificultoso este santo director como la dirección de las almas de este carácter. «Saco el partido que puedo, decia, permaneciendo á veces largo tiempo para decirles solo una buena palabra al descuido.» Un día, una persona de esta clase, ilustre por su nacimiento y su talento, movida de sus discursos, fué á consultarle sobre el designio que habia concebido de hacerse religiosa, sin disimularle las oposiciones que sentia en sí misma á este estado. «No quisiera, le respondió, poner siquiera un grano de trigo en la balanza para haceros religiosa; no deseo mas que ayudaros á que seais una buena cristiana.» Habiéndola dejado así á su libertad la dirigió tan habilmente, que maduró por sí mismo su primer designio, lo puso espontáneamente en ejecución, y fué una santa religiosa (1).

Los consuelos que proporcionaban á Francisco todos estos sucesos, no le hacian abandonar el negocio principal que le detenia en París, que era el restablecimiento de la religion católica en el distrito de Gex. Lo prosiguió sin descanso, y á pesar de sus instancias, se dilatava siempre. Un desgraciado accidente vino á complicarlo mas. El Baron de Luz, á quien este negocio pertenecia especialmente, como gobernador de la Borgoña y por consiguiente del pais de Gex, se encontraba preso bajo el peso de una acusacion gravísima, de complicidad en la conspiracion del

(1) De Cambis, t. I, p. 422.

mariscal de Biron; y en tanto que fuera puesto en libertad ó reemplazado con otro, la negociacion no podia continuar. Felizmente Enrique IV que, como todas las almas rectas, amaba la franqueza, satisfecho del candor con el cual el Baron le reveló lo que sabia de la conspiracion y la parte culpable que habia tomado en ella, le volvió á su gracia (1).

Este acontecimiento devolvió la esperanza al corazon de Francisco, y no quedó engañada; porque el Rey, enviando de nuevo al Baron de Luz á su gobierno de Borgoña, le encargó restableciera el ejercicio de la religion católica en todos los lugares del pais de Gex donde hubiera un número suficiente de católicos, con la sola condicion de proceder en esto poco á poco, cuidando de no irritar á los protestantes con la ereccion simultánea de demasiado número de parroquias. Escribió en el mismo sentido al parlamento de Dijon, declaró por medio de un acta pública que tomaba bajo su especial proteccion á todos los eclesiásticos del Bugey, del Valromey, del pais de Gex, y quiso él mismo informar al Coadjutor de Ginebra de las órdenes dadas al Baron de Luz, invitándole á enviar á las parroquias designadas pastores de *una vida ejemplar, á propósito para la enseñanza de los pueblos, hombres de paz y caridad, que no entablaran querrela con nadie* (2). Poco despues de esta carta el Coadjutor recibió otra del Baron de Luz sobre el mismo asunto, á la cual respondió sin tardanza (3), diciéndole que el *Obispo de Ginebra estaba pronto con sus sacerdotes á ir á enarbolar la Cruz y predicar los misterios en todos los lugares que tuviese á bien el Baron*

(1) Enrique IV quedó tan satisfecho de las revelaciones del Baron de Luz, que al decir del Conde de Loisson no hubiera querido por 200.000 escudos dejar de saber lo que el Baron le habia dicho. Hubiera querido salvar al mariscal de Biron lo mismo que al Baron, pero Biron, hombre de una estrema violencia, no correspondió á las bondades del Rey, sino con arrebatos que le determinaron á entregarle á la justicia.

(2) Carta XXXV.

(3) Carta XXXVI.

de designar, esperando tan solo que le indicara el día para presentarse á él.

Francisco de Sales, viendo así terminado el negocio que le habia llevado á París, pensó en partir al punto, tanto mas cuanto que acababa de recibir sus bulas, y las enfermedades siempre crecientes de Monseñor Granerio le obligaban á hacerse consagrar lo mas pronto posible, para proveer á las necesidades de la religion en la diócesis. Durante su ausencia se habia celebrado el jubileo en Thonon, con una gran solemnidad, porque aunque no estuviere aún en uso el ampliar á toda la Iglesia el jubileo secular de Roma, y el favor de esta ampliacion no hubiera sido obtenido sino para un número muy reducido de ciudades, y esto con mucho trabajo, el Papa se dignó prometer al P. Querubin, que se encontraba en Roma en 1600, que concederia esta gracia á la ciudad de Thonon, si la peticion le era hecha por una de las princesas de Saboya. Informada de esta disposicion del soberano Pontífice la jóven princesa Margarita, hija del Duque, aunque no tenia aún mas que diez años, le dirigió la súplica con este motivo, y el jubileo le fué concedido al punto. El Duque de Saboya, deseoso de realzar con la pompa mas espléndida este jubileo de gracia, hizo presente á la iglesia de San Hipólito de doce hermosos cálices y varios ricos ornamentos, á lo que añadió 2.000 escudos de oro (1) para el alumbrado y otros gastos. El Obispo de Ginebra por su parte, queriendo añadir á la ceremonia la solemnidad de su presencia, fué acompañado de un gran número de sacerdotes y religiosos que llevaba para anunciar la palabra de Dios y oír las confesiones, haciendo su entrada en Thonon, con un rosario al cuello en señal de su devocion á la Santísima Virgen (2). Nada es comparable á la pompa con que dió principio el Jubileo el 24 de mayo. El Obispo se dirigió primero á la iglesia de San Hipólito con el presidente

(1) Es decir, siete mil trescientos sesenta francos.

(2) *Vida de Claudio Granerio*, p. 271.

del senado de Saboya. Este empezó por hacer leer en voz alta é inteligible, el encargo que habia recibido de poner á la *Santa Casa* en posesion del priorato de San Hipólito; luego el prelado hizo leer dos bulas del Papa, la primera con la ereccion de la *Santa Casa*, y la segunda que concedia la indulgencia del Jubileo á todos los que visitaran la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad. Terminados estos preliminares, el Obispo, con toda la pompa de sus vestiduras pontificales, fué, acompañado de un clero numeroso, á abrir, como en Roma, con un pequeño martillo de plata, la puerta santa, señal de la inauguracion del Jubileo, en presencia del gobernador de Saboya, de los comisarios del Duque, de los diputados del senado y de la cámara de cuentas, de todas las autoridades de la ciudad, y de mas de 20.000 personas, y con el acompañamiento de una brillante música de tambores, trompetas, campanas, descargas de mosquetería, cantos de alegría, sin contar la artillería del castillo de los Allinges, que hizo resonar hasta en Ginebra y en todo el país de los alrededores tan grande y alegre nueva.

En seguida el Obispo, conforme á los términos de la bula, procedió á la ereccion canónica de la *Santa Casa*, uniéndola para siempre á la iglesia de San Hipólito bajo el título de Nuestra Señora de la Piedad ó de los Siete Dolores; consagró el altar mayor bajo la misma advocacion, colocando encima de él un rico cuadro de la Santísima Virgen traspasada con siete espadas; y despues de la ceremonia hizo grabar en letras de oro, en el arco de la bóveda de la iglesia, estas palabras de reconocimiento á la Madre de Dios, que el P. Querubin tomaba á menudo por testo de sus sermones: *Gaude, Maria Virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

En el trascurso de los dos meses que duró el Jubileo, acudieron de la Saboya, de la Bresse, del Bugey, del Leonésado y del Franco-Condado una multitud casi innumerable de peregrinos, no solo del pueblo, sino de las clases mas elevadas de la sociedad; muchas señoras de distincion,